

ro de los sacramentos; solamente enseñan con el Apóstol San Pablo que «quien casa su hija, hace bien; pero el que no la casa, hace mejor.» (1.ª á los Cor. 7, 38.)

Se elogian allí del mismo modo y con mucho énfasis los méritos de Cristo y el valor de su satisfacción por nuestros pecados; pero ¿con qué fin? Los católicos enseñan también que los méritos de Cristo tienen un valor infinito, y que ha satisfecho por los pecados de todos; solamente añaden con San Pedro en su segunda carta: «apresuraos á hacer cierta vuestra vocación y elección, con las buenas obras.» (1, 10.) Y con San Pablo en su carta á los romanos: «sufrimos con él para participar de su gloria.» (8, 17.)

Se ensalza también allí la fé, de una manera extraordinaria; pero ¿con qué objeto? Los católicos declaran del mismo modo, que la fé es necesaria para la salvación; pero enseñan con Santiago: «que el hombre se justifica con las obras y no solamente con su fé.» (2, 24.) Dicen con San Pablo: «Si tuviese toda la fé, de manera que trasladase las montañas y no tuviese la caridad, nada soy.» (1.ª á los Cor. 13, 2.)

Por último, se censura allí fuertemente la conducta escandalosa de ciertos eclesiásticos; pero ¿con qué fin? Los católicos abominan y condenan también la conducta escandalosa de los malos sacerdotes, y esto no impide que admiren la continencia de otros y la pureza angélica en que conservan su cuerpo y su espíritu.

30. Vi además, que los ministros en sus discursos y los profesores en sus lecciones, empleaban la calumnia, con preferencia á otros medios, para denigrar á los ojos del pueblo la Iglesia católica romana. Este modo de obrar me dió motivo para concluir que así los unos como los otros, no tenían buenas razones que hacer valer; porque no se calumnia á los adversarios sino cuando no puede responderseles.

Por otra parte, la calumnia va siempre acompañada de falsedad y mentira. ¿Se puede llegar por tales medios al descubrimiento de la verdad? Decir que los católicos tributan á los santos el mismo culto que á Dios; que ponen en lugar de Dios al papa; que tienen mas confianza en los méritos de los santos que en los de Cristo Señor nuestro, y otras cosas de esta naturaleza, es mentir impudentemente.

Yo no podía establecer mi creencia sobre la mentira y la calumnia; y tomé la resolución de buscar la verdad; y despues de haberla encontrado, dejé á un lado todas estas nuevas sectas que están llenas de imposturas.

31. Asistiendo, en mi adolescencia, á una lección de teología en una academia calvinista, recuerdo que uno de los oyentes, mas inteligente que los otros, arguyendo en sentido católico hizo públicamente á su profesor una objeccion muy difícil. El profesor se quedó parado; dudó un instante, y

dijo en seguida: que *él* habia hecho otra vez en Inglaterra esta misma objecion á su profesor; y que éste le dijo por toda respuesta que era *indisoluble*; y que era preciso eludirla, y no responder jamás directamente á ella, cuando la presentasen los católicos.

Yo me escandalicé al oír esto; porque las evasivas no son respuestas, y con ellas no se llega al conocimiento de la verdad.

32. Lo que me hizo aun mas sospechosa la doctrina de los protestantes, fué el verlos reformar continuamente la Biblia. Quitan libros enteros; la traducen de mala fé; la interpretan arbitrariamente, siguiendo su inspiracion particular; al mismo tiempo que los católicos tienen en todas partes la misma Biblia, y la misma version; y en vez de explicarla segun su capricho siguen la interpretacion dada por los antiguos Padres, y por la Iglesia de quien ha dicho Jesucristo: «el que no oiga á la Iglesia, sea para vosotros como un pagano y publicano.» (Mat. 18, 17.)

33. A fin de no omitir nada leí con toda atencion el pequeño catecismo de Lutero, que siguen en este momento los luteranos de Hungría: leí ademas la edicion hecha en Wittenberg, el año 1567, y difiere esencialmente de la edicion actual en gran número de artículos que hacen parte de la fé. Esto me hubiera parecido inexplicable si no

hubiese recordado que los novadores modernos mudan de símbolo á su antojo, segun los tiempos y lugares.

La edicion de Wittenberg ha sido reimpressa en Hungría en 1701; y por consiguiente, cualquiera puede informarse de que es cierto lo que acabo de decir.

Yo habia leído ya los catecismos de que se sirven y han servido hasta hoy en los países católicos que he recorrido; y en todo estan conformes acerca de lo que hace parte de la fé.

34. Viendo entre los luteranos de la confesion de Augsburgo una divergencia tan grande de opiniones en materia de fé, examiné atentamente el testo de esta confesion.

Se parece tan poco á sí misma en los diferentes lugares en que se la sigue y en las diversas ediciones que se han hecho, que no me hubiera sido posible reconocer la verdadera (los profesores de las universidades luteranas estan divididos acerca de este punto) si el bibliotecario imperial de Viena no nos hubiera mostrado entre otras muchas curiosidades el original de esta confesion, como lo presentó Melancton al emperador Carlos V en la dieta de Augsburgo en 1530. Difiere esta tanto de las que se han impreso, que nadie tomaria el escrito que vimos por una confesion de Augsburgo si no fuese este titulo: *Confesion de Augsburgo*. De lo que concluí que la actual doctrina luterana

no era la de la confesion de Augsburgo, sino otra diferente; y que por lo tanto debia rechazarla del todo.

Si se me pregunta por qué no abracé la doctrina de la primitiva confesion de Augsburgo, responderé que por muchas razones, y especialmente porque contiene mentiras, errores y contradicciones, como lo ha demostrado despacio el cardenal Pazmann.

35. Yo medité seriamente estas palabras de nuestro Señor Jesucristo: «Entrad por la puerta estrecha: porque ancha es la puerta, y espacioso el camino que lleva á la perdicion, y muchos son los que entran por él. ¿Qué angosta es la puerta y qué estrecho el camino que lleva á la vida; y pocos son los que atinan con él!» (San Mat. 7, 13); y las siguientes: «Esforzaos á entrar por la puerta estrecha.» (Luc. 13, 24.) Al momento ví que las religiones protestantes no eran el camino estrecho que conduce á la vida, sino el ancho que lleva á la perdicion. Segun ellas basta para salvarse el creer que uno se salvará, ó que está predestinado á salvarse: doctrina ancha, evidentemente contraria á la de Jesucristo y sus apóstoles. «Señor, decia uno á Jesucristo, ¿qué haré para conseguir la vida eterna?» «Si quereis salvaros, le respondió, observad los mandamientos.» (San Mat. 19, 16 y 17.)

Los protestantes no pueden decir, «si quereis salvaros, guardad los mandamientos» porque sos-

tienen que no es posible al hombre observarlos. ¿Qué responderán, pues? «Si quereis salvaros, creed simplemente que Jesucristo ha cumplido por vosotros los mandamientos de Dios, su Padre.»

Los judios á quienes las palabras de San Pedro habian inspirado sentimientos de compuncion, decian: «¿Qué haremos? Haced penitencia,» les respondió el Apóstol. (Act. 2, 37.) Jesucristo dice tambien en San Lucas: «Si no haceis penitencia, perecereis,» y San Pedro; «convertiros para que sean borrados vuestros pecados.» (Act. 3, 19.) San Juan Bautista empieza asi su predicacion: «Haced penitencia;» y mas adelante: «Haced frutos de penitencia.» (San Mat. 3, 2 y 8.)

¿Qué responderian los protestantes á quien les preguntare si es necesario hacer penitencia, y de qué manera es preciso hacerla? «Creed, le dirian, que vuestros pecados están perdonados por los méritos de Jesucristo, y esto basta.»

Ahora les presento yo esta cuestion: ¿Debemos perdonar á los que nos ofenden, y olvidar los insultos que se nos han hecho, para que Dios perdone nuestros pecados? No pueden responderme otra cosa segun su doctrina sino que no es esto necesario, y que basta con creer que nuestros pecados nos han sido perdonados; al paso que dice Jesucristo: «Si perdonais á los hombres sus ofensas, vuestro Padre celestial perdonará tambien vuestros pecados; pero si no perdonais á los hombres, vuestro Padre celestial no os los perdonará tampoco.» (Mat. 6, 14 y 15.)

Continúo mis cuestiones, y les pregunto si debo practicar buenas obras para merecer la vida eterna. Me responden: «No; tened fé; esto basta»; al paso que dice San Pedro: «Apresuraos á asegurar vuestra vocacion y eleccion, con vuestras buenas obras» (2.^a carta, 1, 10); y San Pablo: «A cada uno dará segun sus obras.» (A los rom. 2, 6 y 10.) «Cada uno será recompensado segun su trabajo.» (A los cor. 3, 8.)

Insisto en saber si puedo redimir mis pecados con limosnas, despues de haber dicho Jesucristo: «Haced limosnas, y todo será puro para vosotros» (Luc. 11, 14); y el profeta Daniel: «redimid vuestros pecados con limosnas, y vuestras iniquidades con la misericordia hácia los pobres.» (4, 24.) Los protestantes se ven obligados á darme esta respuesta: «la limosna no es necesaria. Creed solamente que Jesucristo ha satisfecho por vos y con esto estais purificados. Creed que ha muerto por vosotros nuestro Señor Jesucristo, y vuestros pecados quedan redimidos.» La fé basta para producir todos estos efectos.

Yo pregunto, en fin, por qué pecados son los hombres reprobados y escludos de la gloria celestial. San Pablo me responderia: «los idólatras, adúlteros, avaros, etc. etc., no poseerán el reino de los cielos.» (1.^a á los Cor. 6, 9 y 10.) Pero los protestantes me responderán con Lutero: «La incredulidad nada mas es la que condena.» (Postille, sobre el 8.^o domingo despues de Trinidad.)

Hé aqui ciertamente un camino nuevo y muy

ancho para ir al cielo, pero que hasta ahora no ha conducido alli á nadie.

36. Examinando esta tesis luterana: «Basta la fé para salvarse,» vi que Lutero habia añadido fraudulentamente la palabra «*sola*» al testo de San Pablo: «Pensamos que el hombre se justifica por la fé.» (A los rom. 3, 28.) Desde entonces debí suponer que los protestantes habrian hecho otro tanto con otros muchos testos de la Escritura, de que ellos se sirven, y me convencí bien pronto de que mis dudas eran legítimas.

San Pedro dice estas palabras que hemos ya citado: «Por lo tanto, hermanos míos, apresuraos á hacer ciertas, con las buenas obras, vuestra vocacion y eleccion.» (2.^a cart. 1, 10.)

El mismo Lutero ha omitido, en su version, estas palabras: *con vuestras buenas obras*; que prueban evidentemente que las buenas obras no son inútiles para la salvacion, como aquel enseñaba.

En el Evangelio de San Lucas (cap. 22, 19) en vez de estas palabras muy claras: «*Hoc est corpus meum*, este es mi cuerpo» la mayor parte de los calvinistas ponen estas: «*Hic est corpus meum*, este pan es mi cuerpo» para escluir la presencia real del cuerpo de Jesucristo, en la Eucaristia.

Del mismo modo en este versículo de San Juan: «*Ego sum panis vivus, qui de caelo descendi*; soy el pan vivo que he bajado del cielo» han sustituido la palabra *vivificans* á la palabra *vivus* para dar á en-

tender que el pan de que se habla, es el pan usual. Las palabras de Santiago: «*Confitemini alterutrum peccata vestra*, confesad vuestros pecados, los unos á los otros» (5, 16) las han reformado así: «*Confitemini peccata vestra erga invicem*» para alejar la idea de la confesion sacramental, de que dicen los católicos que habla el Apóstol. Las de San Pablo á los hebreos: «*Honorabile connubium in omnibus*, que el matrimonio sea honrado en todas las cosas» (13, 4) las reforman del modo siguiente para autorizar el matrimonio de los sacerdotes: «*Honorabile connubium inter omnes*; sea honrado el matrimonio entre todos.»

Traduciendo las siguientes palabras de nuestro Señor Jesucristo: «Venid, benditos de mi Padre, á poseer el reino que os ha preparado desde el principio del mundo, porque tuve hambre y me disteis de comer; sed, y me disteis de beber....» (25, 34 y 35) ha suprimido Lutero la conjunción *enim*, que establece el mérito de las buenas obras para la vida eterna.

Podría citar otra multitud de pasages de la Escritura, que han sido alterados de la misma manera.

De todas estas observaciones he concluido que los apóstoles de las religiones protestantes, en vez de enseñar el camino de Dios, en la verdad, violentaban de mala fé la Escritura, truncándola y reformándola á su antojo, para acomodarla á sus opiniones. ¿Podía yo seguirlos desde este momento?

37. En seguida me serví del análisis y síntesis para distinguir la verdadera Iglesia de Jesucristo de las que no lo son, discurrendo de esta manera:

Hay una verdadera Iglesia de Jesucristo.

Esta proposicion es admitida por los partidarios de todas las religiones ó sectas que tienen dividido el mundo cristiano, esceptuando los herejes llamados *espectantes*.

Si hay una verdadera Iglesia de Jesucristo; ha debido de ser instituida por el mismo Jesucristo.

Si ha sido instituida por Jesucristo, debe haberlo sido con mucha sabiduría, porque Jesucristo es la sabiduría eterna.

Habiendo sido instituida sábiamente, su duracion debe ser eterna segun la doctrina de Jesucristo que dice en San Mateo: «El hombre sabio funda su casa sobre piedra: ha caido la lluvia, se han desbordado los rios y soplado los vientos sobre ella, y no ha sucumbido porque sobre piedra estaba levantada.» (7, 24, 25.) Sobre la piedra de quien ha dicho: «Sobre esta piedra levantaré mi Iglesia, y no prevalecerán contra ella las puertas del infierno.» (16, 18.)

Hallándose sólidamente establecida la Iglesia de Jesucristo, no ha podido ni desfallecer ni sucumbir en la lluvia de las aflicciones, ni ser arrastrada por el desbordamiento de las persecuciones, ni derrocada por el viento de las herejías: en otro caso estaria fundada sobre arena, y no sobre piedra.

Si la Iglesia no ha podido faltar, ha debido ser

siempre visible; pues si hubiera dejado de serlo, ¿qué objeto tendría esta advertencia que Jesucristo hacía á los fieles «Decidlo á la Iglesia; si no escucha á la Iglesia, sea para vosotros como un pagano y publicano?» (Mat. 18, 17.) ¿Cómo hemos de decirlo á la Iglesia y someternos á ella si es invisible, y no se la puede encontrar?

Debiendo ser la Iglesia visible para todos los hombres, los apóstoles debieron establecerla sobre toda la tierra, despues de la Ascension de Jesucristo, conforme á lo que les habia dicho: «Id por todo el mundo á anunciar el Evangelio á toda criatura» (Marc. 16, 15); y lo hicieron esactamente, pues el mismo evangelista añade: «Predicaban en todas partes confirmando el Señor su palabra con las maravillas que les acompañaban.» (Ibid., 20.)

Luego habiéndose estendido la fé por todos los lugares y predicándose la verdad á todo el universo, por los apóstoles, la Iglesia fue universal ó católica.

Si fue universal, fue una; y por consiguiente no hay mas que *un solo redil*, como dice S. Juan (10, 16); y *un solo cuerpo*, como dice San Pablo (á los rom. 12, 4); y *un solo espíritu*, como dice el mismo apóstol á los de Éfeso.

Si la Iglesia no tuvo mas que un solo cuerpo y un solo espíritu, tampoco debió de tener mas que una sola cabeza.

Si la Iglesia no tuvo mas que una sola cabeza, luego Jesucristo estableció, despues de su ascension, á uno de sus apóstoles gefe de ella para que fuese su cabeza.

Si uno de los apóstoles ha sido establecido gefe de la Iglesia por el mismo Jesucristo, habrá sido aquel á quien dijo el Salvador: «Apacienta mis corderos;» (San Juan, 21, 16.) y en otra ocasion: «Tú te llamarás Cefas, es decir, Pedro, y sobre esta piedra fundaré mi Iglesia.... Yo te daré las llaves del reino de los cielos.» (San Juan, 1, 42; y S. Mat. 16, 18 y 19.)

Ahora bien: Pedro no podia vivir eternamente, y la Iglesia debia durar hasta el fin de los tiempos, segun la promesa de Jesucristo: «Yo estoy con vosotros todos los dias hasta la consumacion de los siglos.» (Mat. 28, 20.) Por consiguiente Pedro debió tener en su oficio pastoral, en la direccion de la Iglesia universal, y en la enseñanza de la doctrina cristiana, sucesores que á su vez debian luego tenerlos tambien.

Esta sucesion perpétua y continua de pastores y de doctrina, caracteriza pues esencialmente la Iglesia de Jesucristo.

No pudiendo Pedro y sus sucesores predicar por sí mismos el Evangelio á toda la tierra, tenían necesidad de coadjutores para llevar á cabo esta obra santa. Por esto estableció Jesucristo otros pastores y doctores... para la edificacion del cuerpo de Jesucristo, hasta que nos hallemos todos nosotros en la edad de la plenitud cristiana, de manera que no tengamos mas la ligereza de la infancia, y no nos dejemos arrastrar por todo viento de doctrina, por la malicia de los hombres... (S. Pab. á los efes. 4, 14.)

Por último, llamádonos Jesucristo á su Iglesia para que «nos vistamos del hombre nuevo, que ha sido criado segun Dios, en la justicia, y en la santidad de la verdad.» (Ibid., 24.) su Iglesia debe de ser *santa*.

Si la Iglesia de Jesucristo es santa, conducirá precisamente á la santidad, y contará en su seno algunas personas distinguidas por la santidad de su vida.

Luego esta Iglesia de Jesucristo, fundada por él mismo, y propagada por sus apóstoles, no puede ser diferente de la Iglesia católica, cuya principal silla fue establecida en Roma por los santos apóstoles Pedro y Pablo; cuya doctrina fue por ellos difundida; cuya fé era la misma que la de estos ilustres caudillos, y especialmente de San Pablo, como él mismo lo declara en su carta á los romanos (1, 12): luego la Iglesia es *apostólica*.

Su doctrina fue predicada en todo el universo (Ibid., 8): luego es universal ó *católica*.

Jesucristo la fundó sobre la piedra en la persona de Pedro; no ha podido pues faltar la Iglesia, y no ha dejado en efecto de ser visible en ningun tiempo esta Iglesia á la que recurren todas las naciones, y á la que se convierten todos los pueblos que renuncian al paganismo.

La Iglesia ha tenido, desde San Pedro hasta el actual pontífice, pastores que han gobernado toda la cristiandad; y profesa esactamente la misma fé en todo el universo: luego es *una*.

Cuenta ademas en su seno la Iglesia católica

una innumerable multitud de santos y de santas; de mártires, confesores y vírgenes. Por otra parte enseña á los fieles á buscar la santidad, enseñándoles á huir del mal, y hacer el bien: luego es *santa*.

Luego la fé romana es la verdadera fé.

Luego la religion romana es la verdadera religion.

Luego la Iglesia romana es la verdadera Iglesia de Jesucristo, la única en que podemos salvarnos: y si es la única donde podemos salvarnos, es tambien la única á que debemos unirnos.

38. Por otra parte las religiones protestantes, ora se las considere colectivamente, ora en particular é independientemente unas de las otras, ofrecen mucha variedad en la doctrina y en la creencia. No es pues posible encontrar en ellas la *unidad*.

Tampoco han sido establecidas por los apóstoles; pues se han formado antes bien, mucho tiempo despues. Seria imposible hacer subir su doctrina y la sucesion de sus pastores mas arriba de Lutero. Luego no son *apostólicas*. Ninguna de ellas es universal; ninguna de ellas se estiende por todas partes: luego ninguna de ellas es *católica*.

Del mismo modo no pueden citar estas religiones una sola persona que se haya santificado en su seno. Lejos de enseñar á los fieles á evitar el mal